

## **Norma y conciencia crítica**

Leopoldo Wigdorsky  
*Universidad de Santiago de Chile*

Hay tres cosas que han apasionado al ser humano de todas las latitudes y épocas: el amor, la política y su lengua. Por ellas, se ha sufrido y gozado, se han revelado nuestros aspectos sublimes y develado nuestras torpezas, se han escrito millones y millones de páginas. Por las tres, se ha estado dispuesto a morir o matar. Los instintos básicos, como el sacrificio y el odio, encuentran y han encontrado, aquí, un caldo de cultivo. Que así sea parece natural en el caso del amor y la política, pero la vehemencia en materias que se relacionan con las lenguas es realmente sorprendente, hasta irrisoria. Sin embargo, ahí está y siempre ha estado, muchas veces con las características de un fanatismo semejante al religioso. También, las tres han sido motores de intensa actividad económica, especialmente en las industrias de la educación y la prensa.

Para el lingüista, persona entrenada para enfrentar los problemas en forma científica (ello es, con prescindencia de juicios valóricos, entre otras cosas), esto resulta incomprensible, aun cuando el fanatismo en el interior de las ciencias dista de ser un fenómeno aislado: haga usted el sencillo experimento de preguntar a los psicólogos conductistas qué piensan de los psicoanalistas (y viceversa) o, en lingüística, a los generativistas cuál es su opinión de los distribucionalistas y viceversa.

### **1 “Sistema” o “uso del sistema”**

Conscientes de que esta pasión existe aun cuando, para muchos, no debiera existir, los lingüistas del siglo veinte encontraron útil dis-

tinguir entre “el sistema” (la *langue*, para Ferdinand de Saussure, *linguistic competence*, para Noam Chomsky), la lengua en una probeta de laboratorio, y “el uso del sistema”, la lengua en acción entre sus hablantes (la *parole* para de Saussure, *linguistic performance* para Chomsky). El sistema proporciona las “reglas de formación”, en tanto que el uso del sistema se preocupa, como su nombre lo indica, de las “reglas de uso”. Nuestro equipo de fútbol más popular posee la “competencia” para jugar en forma perfecta y ganar siempre pero, una vez en la cancha, se inmiscuyen factores externos al fútbol mismo —como el clima, la altura del lugar o la parcialidad de los jueces— que intervienen para que su “actuación” (*performance*) les impida ganar. Algo semejante ocurre con las lenguas; pueden generar infinitos enunciados sin errores de formación, pero factores externos a la lengua misma —tales como la fatiga, la distracción, el olvido o las interrupciones— hacen que cometamos muchos errores; además, cada hablante necesariamente emitirá un número finito de enunciados porque él o ella es finito. Para algunos, el estudio del “uso del sistema” es ajeno a la lingüística, en tanto que, para otros, poco sentido tiene el estudiar “el sistema” desligándolo de quienes lo usan. Como en casi todas las cosas, ambas posiciones son válidas y, en último término, la adhesión a una u otra es cuestión de los objetivos que se persiguen al estudiar el lenguaje: el conocimiento por el conocimiento o el conocimiento para algún fin predeterminado.

Adhiero a la primera posición, ello es, a aquella que postula que el objeto de estudio de la lingüística es “el sistema”, la lengua misma, independientemente de la edad, la condición social, la residencia, la concentración o el grado de fidelidad de la memoria de los hablantes. El castellano, por ejemplo, estuvo aquí antes de que nosotros o nuestros antepasados nacióramos y continuará aquí mucho después de que nosotros, nuestros hijos y nuestros bisnietos desaparezcamos. Esto no implica desinterés por el estudio de la lengua en uso (objeto de estudio de la sociolingüística y otras disciplinas) sino, más bien, obedece a la finalidad de proporcionar datos objetivos a todas las disciplinas que, de una u otra manera, se ocupan del lenguaje: la psicología, la sociología, la educación, la estilística, el derecho, la literatura y otras.

## 2 ¿Existe la comunicación perfecta?

Si la finalidad del lenguaje es la comunicación, como se viene diciendo desde Aristóteles o antes, resulta obviamente legítima la preocupación por “el uso” de las lenguas, especialmente cómo asegurar que el mensaje llegue a su destinatario. Sin embargo, el concepto mismo de “comunicación” requiere de algunos comentarios; el principal de ellos es que existen grados de comunicación (desde pésima hasta muy buena) y el segundo, que la comunicación jamás es —ni puede ser— perfecta, en el sentido de que el mensaje recibido será idéntico al transmitido. Ello es así principalmente porque los conceptos que subyacen las unidades de una lengua son abiertos (para así poder incorporar nuevos referentes) y semejantes —pero no idénticos— entre cualquier par de hablantes. En gran medida, el purismo desestima la naturaleza necesariamente imperfecta y flexible de la comunicación.

Conviene recordar que el lenguaje es tan sólo uno, si bien el más importante, de los medios que el ser humano emplea para comunicarse; también son recursos de comunicación la risa, el llanto, los gestos, la música, la pintura, la escultura; alguien decía que, cuando de comunicar se trata, donde termina la lengua comienza el arte. Esto nos lleva al tema de la pluralidad de funciones del lenguaje. Es natural que quienes trabajamos en academias creamos que la función del lenguaje es transmitir ideas y nada más. Sin embargo, cuando hablamos o escribimos, raras veces lo hacemos para transmitir ideas o para transmitir ideas solamente; la mayor parte de las veces lo hacemos para tratar de imponer un punto de vista, demostrar que pertenecemos a un determinado grupo social, excluir a quienes estimamos indignos de pertenecer a nuestro grupo o incluir a quienes estimamos dignos, alabar o ridiculizar, reafirmar nuestra personalidad, averiguar, romper un silencio que perturba, darnos tiempo para pensar, calibrar a nuestro interlocutor, tener el placer de oírnos a nosotros mismos, entretenernos, jugar. Casi siempre, nuestros enunciados son multifuncionales: informamos (una que otra vez) pero, al mismo tiempo, tratamos de convencer, damos a entender que somos cultos, procuramos proporcionar agrado o desagrado, y así sucesivamente. Ésta es otra realidad que el purismo y el prescriptivismo soslayan.

### 3 Una función entre muchas

De estas funciones, las sociales son las que más interesan a quienes recurren amplia e intensamente al lenguaje en su quehacer cotidiano. Querámoslo o no, la lengua también sirve para segregar, para distinguir a los privilegiados por una buena educación de quienes tuvieron que contentarse con pocos años de escolaridad. Quien dice “#Yo la di un vestido” en España, “#mushasho” en Chile o “#Hubieron muchas personas” en toda la Hispanidad, de inmediato revela su condición social y, al instante, queda en desventaja. (Empleo el signo # para denotar desviación de la norma culta, o “incorrección”.) Esto se aplica no sólo a la morfosintaxis y la pronunciación sino al vocabulario y la ortografía; ésta ofrece, al menos en el caso del castellano, errores propios de personas cultas y errores que actúan como marcadores de clase. Entre los primeros, se encuentran los errores de ortografía acentual, ya que la persona culta intuye que casi todas las tildes son previsibles por el contexto y, en consecuencia, carecen de función. Los errores de ortografía literal, en cambio, denotan que una persona tuvo escolaridad escasa o deficiente; por poca importancia semántica que tenga, ¡ay de quien, habiendo trascendido la adolescencia, escriba “#hesperanza”, “#corage” o “#berdadero”! Habrá cometido una transgresión social semejante a limpiarse las uñas en público o concurrir en zapatillas de gimnasia a una cena formal. Por igualitaria que sea o se considere una comunidad, los marcadores sociales de su lengua están siempre presentes, lo que otorga poder a quienes tienen un buen manejo del idioma y, a la vez, alimenta una importante industria editorial y pedagógica.

En torno al tema de hablar y escribir como las personas cultas, se forma —como en otras convenciones sociales, tales como la moda en el vestir o el maquillaje— toda una gama de intereses creados; si, por ejemplo, se eliminaran las tildes innecesarias (la mayoría), la “b” o la “v” (una sobra), o el grafema “h” (que carece de correlato fónico), sería posible reducir substancialmente las horas de clase que se destinan a la enseñanza de la lengua autóctona, lo que se traduciría en una disminución de plazas para los docentes; también habría repercusiones negativas en la venta de manuales de ortografía y en las academias que ofrecen cursos de lengua o “asertividad”. La ortografía es, en este aspecto, muy parecida al cine o Disneyworld: se ha

creado una inmensa actividad económica en torno a algo que, en estricto rigor, carece de existencia... pero sí existe en nuestras mentes.

#### 4 Purismo y coloniaje

Las funciones sociales están presentes en todas las lenguas, desde luego, aun cuando pueden variar la importancia que se otorga a diferentes aspectos del idioma y la tolerancia hacia los errores. Sabido es, por ejemplo, que los francófonos toleran poco o nada y que, incluso, tienden a mirar en menos a quienes se alejan de la pronunciación parisina o quebequesa; los germanoparlantes son meticulosos en todo lo referente a su lengua, pero generalmente son respetuosos de las variaciones regionales; George Bernard Shaw decía que bastaba con que un angloparlante abriera la boca para que su interlocutor lo menospreciara.

Un elemento común a las lenguas otrora (¿?) de colonización —como el castellano, el francés o el inglés— es que el purismo tiende a exacerbarse en las que fueran colonias, particularmente en las más lejanas; tal es el caso del francés del Quebec, el inglés de los Estados Unidos de Norteamérica y —desde luego— el castellano aquende Los Andes, con exponentes tan famosos e influyentes como Rufino José Cuervo y Andrés Bello. En mi opinión, éstos son resabios del coloniaje y, en lo propiamente lingüístico, de la “teoría de las ondas” del cambio lingüístico: si se arroja un guijarro (el cambio en la lengua) en el centro de una laguna (la “metrópolis”), las ondas que el impacto produce se extenderán lentamente hacia la periferia de la laguna (v. gr., Santiago de Chile). Esto también explica la confianza geoléc-tica de bonaerenses, limeños o mexicanos frente a la inseguridad de los chilenos; no es casual que Andrés Bello, el creador del purismo hispano, encontrara su hogar y lograra su máxima influencia en estas tierras, tan alejadas de la, entonces, metrópolis única.

#### 5 Dos falacias más

El purismo —cuyo empeño es conservar la lengua libre de extranjerismos, vulgarismos y neologismos— se basa en otras falacias sobre la naturaleza de las lenguas. Una de ellas es que existen lenguas puras, es decir, que provienen de un solo tronco y han resistido la

influencia de otras lenguas. Puede que exista alguna lengua pura en las selvas amazónicas o de Nueva Guinea, hablada por un puñado de personas, pero no existe lengua pura alguna en África, Asia, Europa ni el resto de América; hasta nuestro pascuense ya aparece influido por otra lengua, nuestro castellano. Mientras mayor el número de hablantes y la difusión geográfica de una lengua, mayor también es la influencia desde y hacia otros idiomas. El castellano y el inglés, las lenguas más difundidas de Occidente, son las que presentan mayor cantidad de extranjerismos (concepto que, alguna vez, habrá que precisar). Nuestra lengua, por ejemplo, tiene influencias del árabe, el hebreo, el persa, el italiano, el francés, el inglés, el griego, el náhuatl y el quechua, para citar tan sólo algunas. Lejos de debilitar, los extranjerismos vigorizan las lenguas, siempre que se trate de voces necesarias y no sean el producto de una pedantería: *mall*, *sale* y *haute couture* son, a mi juicio, innecesarias, puesto que tenemos “centro comercial”, “liquidación” y “alta costura”. Por lo general, la tendencia es a exagerar el “peligro” de los galicismos (antes) o los anglicismos (ahora); piénsese que ochocientos años de dominación por los árabes, entonces poseedores de una cultura muy superior a la española, impactaron el castellano apenas con un puñado de palabras.

Otra falacia que informa el purismo es que las lenguas jamás cambian; esto queda en evidencia cuando, por ejemplo, para justificar algún significado se recurre a la autoridad de algún escritor famoso que vivió en los siglos diecisiete, dieciocho o diecinueve. Según este criterio, para ser caballero sería necesario poseer caballo y tornaríamos nuestros “olhos” para “catar” a las damas. La realidad es que las lenguas no sólo cambian sino que deben hacerlo para, así, ajustarse a una realidad extralingüística (a un “mundo exterior” al lenguaje) que se caracteriza por su creciente dinamismo. Si se crea algún objeto, concreto o abstracto, habrá que crear (o tomar en préstamo de otra lengua) alguna palabra o expresión para designarlo y, así, poder manejarlo; el no hacerlo puede amenazar la existencia del castellano como lengua mundial.

La actitud del hispanoparlante (y no necesariamente de la Real Academia Española), contrariamente a la del angloparlante, es tímida o cómoda frente a la creación de términos necesarios, y bien sabemos que la timidez o la comodidad son malas aliadas en un

mundo competitivo. Si este mundo posmoderno acelera su paso, también será necesario apresurar la lengua para que nos permita vivir en él, lo que implica racionalizar o simplificar: evitar las repeticiones y las ambigüedades, eliminar lo que carezca de función comunicativa, acortar las oraciones y los mensajes; poco éxito ya tienen una carta (no amorosa) de más de una página, un periódico de más de quinientos gramos de peso, un noticiero de radio o televisión que exceda los treinta minutos, o (en Chile, al menos) un libro cuyas páginas excedan la capacidad de un disquete de 1,44 Mb.

## **6 Autoridad, conciencia crítica y orden espontáneo.**

Otra creencia errónea del purista es que existen y deben existir personas u organismos que tienen algún tipo de autoridad para regular el uso de la lengua: la RAE, el diccionario Webster, el “manual de estilo” de algún periódico o de alguna sociedad científica. Esto equivale a poner la carreta delante de los bueyes: las innovaciones primero surgen y prosperan entre los hablantes, para luego ser acogidas por las academias, los diccionarios o los manuales. Los hablantes deben aceptar una propuesta emanada de la autoridad para que prospere: páginas nos ocuparía el citar ejemplos de definiciones inservibles y normas que se soslayan. Por lo demás, todo parece señalar que, en el mundo actual, la regla impuesta parece haber sido desplazada por la “conciencia crítica” individual (Fairclough) de los fenómenos o, si se prefiere, el “orden espontáneo” (Hayek), mediante el cual vamos tras nuestros objetivos en el marco de reglas autoimpuestas que facilitan la cooperación con los demás.

Todo lo anterior, sin embargo, está lejos de implicar que debemos tener una actitud indiferente ante el curso que toma nuestra lengua o el uso que se hace de ella porque, si bien es cierto que las lenguas proporcionan información y deleite, también lo es el que —a menudo— son instrumentos de coerción o engaño en áreas sensibles como la transacción de bienes, la oferta de servicios, los sentimientos personales o el quehacer político. Todavía no se ha inventado arma más destructora que el lenguaje en manos de un demagogo inescrupuloso: puede arruinarnos, hacernos odiar al prójimo y destruirnos física o síquicamente. De aquí la importancia de que, aquellos que se encargan de la noble misión de educar a nuestros niños

les enseñen a distinguir entre el lenguaje que los informa y el que trata de manipularlos, a no dejarse encantar por los cantos de la sirena.

## 7 Cambiar o morir

Agréguese a lo anterior que, en un mundo en constante cambio social y tecnológico, nuestra lengua –la segunda en importancia, en occidente, en número de hablantes– mal puede quedar a la zaga de las demás. Aun cuando disguste a los puristas, es necesario crear términos o tomarlos en préstamo de otras lenguas (preferentemente hispanizándolos) y, donde sea necesario, abandonar los significados obsoletos. Nuestra morfosintaxis debe racionalizarse desligándose, como ya lo han hecho otras lenguas neolatinas, de formas de expresión que constituyen barreras de protección del hablante y enturbian el mensaje: nuestros jóvenes nos señalan el camino cuando –por ejemplo– dicen “Si sabría te lo diría” en lugar del canónico “Si supiera te lo diría”. El desarrollo social hace inconveniente la mantención de “usted” como la forma no marcada de la segunda persona del singular y aconsejan el destierro de “vuestro”, aun en las arengas, ajeno al castellano de América. Se debiera minorar o eliminar el uso de los ordinales: ¿por qué decimos “Pío Décimo” pero “Juan Veintitrés”? ¿Qué ventajas tiene hablar de “la vigesimoquinta sección” en lugar de “la sección veinticinco”?

Las lenguas son básicamente orales. Sin embargo, y contrariamente a lo que se pensaba, la comunicación electrónica ha aumentado la importancia de la lengua escrita, y todo parece indicar que prevalecerán las lenguas cuyas grafías sean más sencillas, aquellas que tengan menos diacríticos como las tildes, el circunflejo, la cedilla o la virgulilla. La informática puede asimilar y transmitir todo pero, cuanto más sencillo el proceso, más económico en términos de tiempo y esfuerzo. Mi impresión es que, por ejemplo, las versiones cirílica y griega del alfabeto tienen los días contados, a menos que sus usuarios se resignen a un posible ostracismo informático a corto plazo. El inglés, cuyo sistema de escritura es pésimo si se lo relaciona con la lengua hablada, tiene una grafía funcional en cuanto carece de diacríticos.



La posición de nuestra lengua es relativamente buena pero puede mejorar: debieran desaparecer las tildes carentes de función (casi todas), los signos invertidos de exclamación e interrogación (bastaría con poner el signo normal al comienzo del enunciado), la diéresis (“linwística” o “verwénza” son bastante más racionales que “lingüística” y “vergüenza”) y la virgulilla: “campanya” es tan “ibérico” como “campaña” y, en todo caso, ya se violó el principio “un grafema para un fonema” con los dígrafos como “ch” y “ll” y “rr” y “qu”. La puntuación se podría racionalizar, por ejemplo, eliminando la coma hiperbática y abandonando la porfiada idea de que una coma corresponde a una pausa. También se debieran privilegiar las minúsculas, según la máxima de que mientras menos elementos superfluos, mejor. Con respecto a las minúsculas y las mayúsculas, recordemos que lo que viene del extranjero no es necesariamente mejor que lo nuestro; es extraño el que mientras el inglés ha adoptado el uso castellano o francés para escribir los títulos de libros, muchas casas editoras hispanas hayan decidido favorecer la modalidad inglesa, ello es, componer todas las palabras de contenido con mayúsculas iniciales.

Naturalmente, todo cambio tiene un costo pecuniario o de otro tipo, lo que el purista siempre parece tener en cuenta. Si, por ejemplo, optáramos por eliminar la “h”, como muchas veces ha sido propuesto, no sólo perderíamos información relativa a la educación de quien escribe, asunto al que ya me he referido, sino también perderíamos un dato lingüístico valioso, cual es la relación que existe entre “hoguera” y “fogata”. Consideraciones como la precedente (v. gr., “médico”, “medicina”), más que la supuesta relación constante entre “c” y /θ/ en el castellano peninsular central, desaconsejarían cambiar la “c” a “k”.

## 8 Descripción y normalización

Rechazar el purismo (con el prescriptivismo que lo delata) no implica ignorar la existencia de normas. Como todos los entes o fenómenos sociales, las lenguas están sujetas a normas; es un hecho que los sociolingüistas reconocen cuando oponen la “norma culta” al “habla popular” o, en forma más cercana a la realidad, las normas cultas (en plural) de una lengua a sus “hablas populares” (también

en plural). Las reglas de las normas cultas son equivalentes, en otros ámbitos sociales, a ponerse de pie cuando se habla con una dama, quitarse el sombrero en la sala de clase o conducir por la derecha. Sólo que las reglas que conforman una norma culta cumplen con una finalidad más clara, a saber, lograr mensajes que –por su integridad, pertinencia, claridad, brevedad y cohesión– sean económicamente decodificados por el receptor.

Por lo demás, toda descripción lingüística necesariamente implica una normalización: el hecho de que existan algunos chilenos que pronuncian [mízmo], “mismo”, o [kúsko], “Cusco”, de ninguna manera invalida la observación de que, en nuestro geolecto, /s/ se aspira ante consonante. También se generaliza cuando se describe un idiolecto: la persona que usualmente pronuncia [míhmo], “mismo”, puede que pronuncie [dísko], “disco”, o viceversa, y la que, poseyendo /θ/, diga [mordáθ], “mordaz” pero [kapás], “capaz”. Obviamente, esto es así en todas las lenguas. Cuando se enseña la variedad norteamericana (central) del inglés, se explica que las palabras que se escriben con “o”, como “hot” y “spot”, se pronuncia con [a], [hat] y [spat], pero hay que precisar que no todos los hablantes de ese geolecto tienen esta realización fonética y que, quienes teniéndola, pueden decir [hat], “hot”, pero [not] “not”. Normalizar como lo he ilustrado es indispensable para describir y tratar de enseñar.

Sin embargo, la gramática normada que se basa en una gramática objetivamente descriptiva es un ideal que raras veces se concreta. La mayor parte de los libros de gramática con que nos encontramos –prescriptivos, por lo general– suelen ser colecciones de reglas, descriptivas las menos y arbitrarias las más, en las que los criterios sincrónicos se entremezclan con los históricos. Se pueden encontrar buenas descripciones de partes de las lenguas pero, hasta ahora, ninguna lengua ha sido satisfactoriamente descrita en su totalidad. El objetivo superior de explicar los fenómenos raras veces se ha cumplido.

## 9 Diversidad en la unidad

La normalización parcial que implica el reconocimiento de las normas cultas de una lengua responde a la globalización económica que vivimos; el filme mexicano, la teleserie venezolana, el *talk show* televisivo español o el programa hispano de variedades que se ofrece desde Miami ahora se ven y oyen –y a corto plazo– en toda

la Hispanidad (y, en el caso de las teleseries, más allá de los confines de nuestra lengua). En otro terreno, el castellano se perfila como la segunda lengua autóctona de los Estados Unidos y, como lengua extranjera, desplaza definitivamente al francés en Europa y parte de Asia.

Por otra parte, la expansión explosiva del castellano, especialmente en este último cuarto de siglo, hubiera sido imposible sin la variedad y riqueza regional que ostenta: aislados, ninguno de nuestros geolectos tendría la popularidad que ha alcanzado nuestra lengua en su conjunto porque, al prestigio de los geolectos peninsulares, se ha sumado el vigor literario de las variedades americanas de nuestra lengua, especialmente en los últimos cincuenta años. A esto, es necesario agregar el peso cada vez mayor de España en la Comunidad Europea y el futuro promisorio de Iberoamérica, cuyas dos lenguas mayoritarias —el castellano y el portugués— son mutuamente inteligibles en los sociolectos educados. De aquí que el vigor de nuestra lengua se base en su extraordinaria unidad y maravillosa diversidad. La multiplicidad de normas cultas es un hecho positivo que se presenta en el castellano y el inglés, las lenguas más difundidas al iniciar el tercer milenio, con el alcance de que el castellano es mutuamente inteligible con el portugués y el italiano, lo que configura una comunidad ítalo-luso-hispana de casi seiscientos millones de personas.

## 10 ¿Quiénes determinan las normas?

El problema consiste en tratar de explicar la naturaleza de las reglas que configuran estas normas y definir las autoridades que las dictan. Hace algunos años, un joven que recién ingresaba a la facultad me preguntó dónde podía encontrar la gramática del castellano; le respondí que en el interior de su cabeza. Al cabo de un par de años, me confesó que había interpretado mi respuesta como una burla y que sólo al año después, luego de haber aprobado los cursos de lingüística, vino a comprenderla. El niño pequeño gradualmente “arma” una gramática, pasando por diversos gramáticas provisionales o de transición, a partir de lo que oye a su alrededor; en consecuencia, sus “reglas de formación” tienen realidad psicológica y social, pero raras veces coinciden con las reglas que proponen los

gramáticos o los lingüistas. En el mejor de los casos, éstas son representaciones imperfectas de aquéllas y, en consecuencia, una gramática de una lengua es un modelo de esa misma lengua, así como la *maquette* de un edificio es un modelo del edificio pero no el edificio mismo (muestra sólo los recintos principales pero omite los detalles y los flujos de personas), y como un “modelo económico” es una simplificación de la economía pero no representa la economía total (si el economista o el político no se percata de esto, muchas personas se sumirán en la miseria).

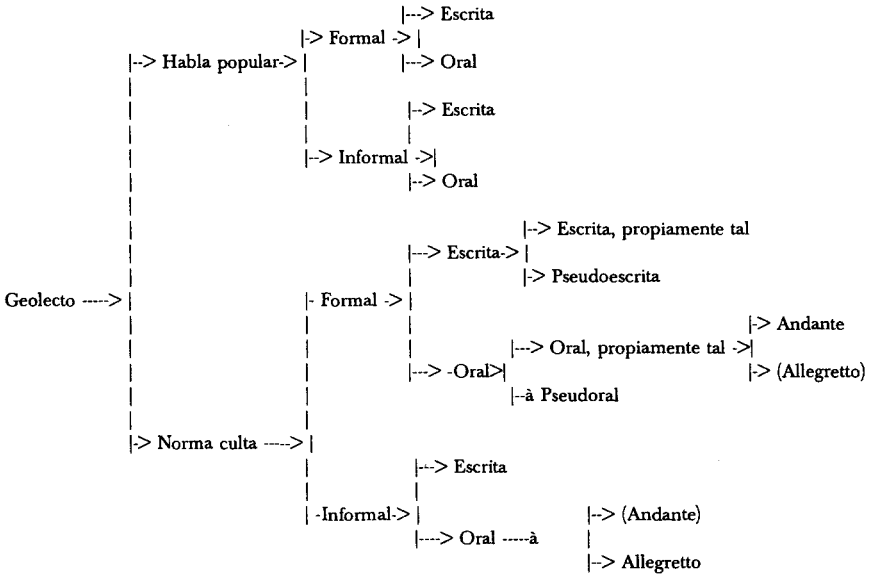
Algo semejante ocurre con las reglas de uso. No existe —ni puede existir— manual ni libro de gramática que pueda hacerse cargo de la totalidad de estas reglas. Ello es así no sólo porque hay cuarenta o más geolectos (v. gr., “guagua”, por “bebé”, pertenece a la norma culta chilena pero es ajena a los restantes geolectos cultos; “No la vi a Isabel” es específico de la norma culta rioplatense), sino también porque es necesario tomar en consideración la propiedad, ello es, la adecuación de lo que se dice al contexto de situación. “Te solicito un ósculo” encaja con todas las normas cultas, pero creo que, dicho de “pololo a polola” (como decimos en Chile) o “novio a novia” (como se dice en la Argentina), resulta “inapropiado” en todos los geolectos; “Vení y sentate” es apropiado en el geolecto del Río de la Plata cuando la situación es informal, pero puede resultar inapropiado en situaciones de un grado medio o alto de formalidad.

Los estilos orales informales suelen ser más rápidos (*allegretto* o *presto*, en la terminología de Harris) que los formales (*andante* o *largo*, según el mismo autor), lo que explica que la realización fonológica se acerque más a lo canónico en éstos que en aquéllos, donde operan libremente los procesos como la asimilación, la aspiración, la geminación y la tendencia a la estructura silábica preferida (consonante + vocal). Con todo, velocidad de habla y formalidad son diferentes, puesto que es concebible que se hable lentamente en situaciones informales y, a la inversa, que se hable rápidamente en situaciones formales. Las reglas de uso se hacen aún más complejas si se considera que la lengua escrita difiere de la hablada, hecho que parece ser soslayado por muchos: la redundancia léxica, por ejemplo, es tolerable y hasta necesaria en los registros orales pero superflua en los registros escritos, juicio que también se puede aplicar, con algunas limitaciones, al uso de adjetivos descriptivos y adverbios

de modo. Agréguese a lo anterior que hay discurso escrito que trata de imitar el discurso oral (v. gr., los registros que se emplean en el teatro o el cine) y discurso oral que procura emular el discurso escrito, como una alocución patriótica.

## 11 Cada geolecto es un mundo

En cada geolecto, entonces, se presentan las subdivisiones que siguen:



He optado por omitir más detalles, particularmente en lo que se refiere al “habla popular”. Ésta, por cierto, es lingüísticamente más compleja que las normas cultas, lo que tiene por consecuencia que los niveles de inteligibilidad de las hablas populares de los diversos geolectos sean considerablemente más bajos que los niveles de inteligibilidad de las normas cultas.

Es posible afirmar que un hablante culto de Santiago de Chile o Caracas se asemeja más a un hablante culto de Santo Domingo

(RD) o Madrid que a un usuario del “habla popular” de su mismo geolecto. Dicho en otros términos, mientras más formal una expresión, mayor su inteligibilidad. De aquí que el hablante de la norma culta de cualquier geolecto de una lengua tenga pocos problemas en transformarse en plurigeoléctico (v. gr., poco le cuesta a un bogotano culto entender a un mendocino culto y adoptar ese modo de hablar), en tanto que el usuario de un habla popular es o tiende a ser monogeoléctico. Un obrero no especializado de Asunción, Paraguay, por ejemplo, puede tener problemas para comprender a un obrero no especializado de Ciudad de México y darse a entender por él. Cuando se desarrollaba la Segunda Guerra Mundial y había tropas norteamericanas estacionadas en varios lugares de la Gran Bretaña, se hizo necesario asignar intérpretes en varias oportunidades para que los conscriptos norteamericanos de origen campesino pudieran comunicarse con los lugareños rurales.

Lo dicho para los geolectos es válido, también, para los sociolectos: el hablante de un sociolecto privilegiado puede, si así lo desea, usar con soltura un sociolecto popular, en tanto que —por lo general— el hablante de un sociolecto popular tiene dificultades para expresarse en un sociolecto superior e, incluso, para comprenderlo. Es posible afirmar que, en tanto que el usuario del “código elaborado” (como diría Bernstein) es plurisocioléctico, el usuario del “código restringido” es monosocioléctico. De aquí la importancia que, para el progreso social de los individuos y el desarrollo de la democracia, tiene una conciencia crítica individual del idiolecto, los enunciados, el discurso, el geolecto autóctono y la lengua autóctona. El conocimiento de otros geolectos de la lengua autóctona y de lenguas extranjeras favorece esta deseada conciencia crítica.

## **12 Tratando de tipificar la norma culta**

En este punto, creo que resulta útil tipificar el “habla popular” y la norma culta, teniendo presente que ambas son los extremos ideales de un continuo en cuyos diferentes puntos nos situamos los hablantes autóctonos, de manera que unos nos acercamos a un extremo y otros, al opuesto:

**Norma culta****“Habla popular”****Vocabulario abundante**

Se restringen los localismos  
 Muchos neologismos  
 Muchos extranjerismos  
 Se restringen las muletillas  
 Se usan pocas “frases hechas”

**Vocabulario restringido**

Se usan muchos localismos  
 Pocos neologismos  
 Pocos extranjerismos  
 Se usan muchas muletillas  
 Se usan muchas “frases hechas”

**Sintaxis compleja**

Pocas coordinaciones  
 Muchas subordinaciones  
 Subordinaciones variadas  
 Oraciones largas

**Sintaxis sencilla**

Muchas coordinaciones  
 Pocas subordinaciones  
 Subordinaciones repetidas  
 Oraciones cortas

**Pronunciación “allegretto”**

Palabras completas  
 Consonantes claras  
 Se restringen los procesos  
 Párrafos bien cohesionados  
 Discurso fluido  
 Operación plena de las “reglas de cooperación” (Grice)

**Pronunciación “presto”**

Palabras incompletas  
 Consonantes difusas  
 Uso libre de los procesos  
 Párrafos poco cohesionados  
 Discurso interrumpido  
 Operación restringida de las “reglas de cooperación” (Grice)

Casi siempre, auténtico  
 Sus lectores son eficientes  
 Uso pleno de las funciones del lenguaje  
 Enunciados plurifuncionales  
 Globalmente eficiente

Con frecuencia, hipercorrecto  
 Sus lectores son deficitarios  
 Uso restringido de las funciones del lenguaje  
 Enunciados mono y bifuncionales  
 Sólo sectorialmente eficiente

A la relatividad ya señalada, es necesario agregar que, como contrapartida al hipercultismo, existe la norma culta que simula o trata de imitar el habla popular, recurso que suelen utilizar los humoristas y oradores políticos.

De las características señaladas en el cotejo precedente, las más importantes son las que se refieren a las funciones del lenguaje: más que el tamaño del vocabulario o la complejidad morfosintáctica, lo que realmente distingue al usuario de la norma culta del usuario del habla popular es el empleo que aquél hace de varias funciones del lenguaje en cada enunciado que emite y, en consecuencia, del alto grado de control social que puede ejercer.

### 13 El geolecto y la “lengua global”

La tipificación precedente invita a proponer la caracterización (también típica) que sigue, referente al geolecto culto (v. gr., el castellano culto de La Paz o Managua) y el “constructo” que he denominado “lengua global”:

#### Lengua global

Ausencia de localismos  
 Estilo preferentemente *largo*,  
 ocasionalmente *andante*  
 Restricción a los procesos  
 fonológicos conscientes  
 Casi siempre, formal  
 Casi exclusivo de los registros escritos  
 y pseudoorales  
 Fácilmente inteligible por los no  
 hispanos  
 Privilegia las funciones ideacional  
 y heurística del lenguaje

#### Geolecto culto

Presencia de localismos  
 Estilo preferentemente *allegretto* o  
*presto*, raras veces *andante*  
 Vigencia de los procesos fonológicos  
 conscientes  
 Formal o informal  
 Se usa con igual frecuencia en los  
 registros escritos y orales  
 Puede presentar algunas dificultades  
 de inteligibilidad a los no hispanos  
 Usa todas las funciones del lenguaje,  
 privilegia las funciones sociales

La lengua global tiene semejanzas con sus geolectos cultos pero difiere de ellos principalmente en los aspectos funcionales. Sirve para dictar charlas, transmitir noticias o escribir artículos técnicos y científicos; es poco útil, en cambio, para expresar emociones o describir situaciones sociales complejas, como ocurre –por ejemplo– en el lenguaje creativo. La lengua general carece de existencia y se expresa en cualquiera de los geolectos despojado de muchos de sus localismos; de aquí que la lengua general tenga varias versiones.



## 14 Cambio e integridad

Aun cuando, por imperativo científico, la mayoría de los lingüistas nos preocupamos únicamente del “sistema” y tratamos de abstraerlo de quienes lo usan, la mayor parte de los problemas que interesan a la mayoría de las personas se relaciona con la lengua en uso y con lo que algunos han denominado “administración lingüística” (Neustupný) o “higiene verbal” (Cameron). Esto queda en evidencia cuando hay que revivir una lengua (v. gr., el hebreo), substituir un sistema de escritura por otro (v. gr., el turco), elevar un dialecto regional a la categoría de dialecto nacional (v. gr., el noruego), decidir el tamaño de un diccionario, normalizar un texto, escribir una carta a un país hermano, producir un “largometraje” o un programa televisivo internacional, diseñar un curso de lengua o “perfeccionamiento personal”, o ser “políticamente correcto”, mala traducción de *politically correct*, que mejor se expresa como “cortés y considerado”.

Ahora bien, si las reglas de las normas cultas no se encuentran en diccionarios ni manuales, ¿dónde se hallan y cómo se generan? Están —ya lo insinuaba— explícita o implícitamente en la mente del hablante autóctono y son generadas por los hablantes que le han servido de modelos: sus progenitores, sus maestros, sus amigos, los libros y las revistas, la televisión. Conjuntamente con aprender a generar enunciados bien formados (fonológica y morfosintácticamente), se aprende a seleccionar la expresión o forma adecuada para determinada situación. Es decir, la necesidad de criticar su lengua es tan innata al ser humano como su capacidad para aprender lenguas.

Los organismos humanos o sociales disponen de recursos conaturales que, mediante el equilibrio de factores antagónicos aseguran su permanencia en el tiempo: así como el aumento de los glóbulos blancos cautela la existencia del individuo o la selección natural asegura la supervivencia de las especies, las normas sociales protegen y consolidan los grupos. A esto se refería Hayek cuando afirmaba que los productos humanos disponen de mecanismos de autocorrección que —agregaba— hacían innecesaria la promulgación de normas externas a la entidad misma.

Como todo organismo, la lengua dispone de mecanismos para cambiar —requisito indispensable para subsistir— y mantener su inte-

gridad (Wigdorsky). En el plano de la sintaxis (el sistema), la gramática generativa nos proporciona varios ejemplos, de los que selecciono dos: la “regla alfa” (que permite mover cualquier elemento a cualquier lugar) asegura la posibilidad de que la lengua cambie, en tanto que las “condiciones [para las transformaciones de movimiento]” vigilan que los cambios sean compatibles con la subsistencia de la lengua.

Análogamente, la flexibilidad inherente a las lenguas posibilita los cambios que demanda la realidad siempre cambiante, a la vez que la conciencia crítica individual selecciona los cambios y cautela —de este modo— la integridad de la lengua; esto explica la ineficacia e inutilidad de las normas explícitas generadas en el mundo exterior y, desde allí, propuestas o impuestas al hablante. El respeto por la lengua y el hábito de usarla en forma cooperativa, definición que propongo para conciencia crítica, es producto de la educación individual más que de las academias o manuales.

## BIBLIOGRAFÍA

Bernstein, Basil

1971 *Class, Codes and Control*. Volumen 1: *Theoretical Studies towards a Sociology of Language*. Londres: Routledge y Kegan Paul.

Cameron, Deborah

1995 *Verbal Hygiene*. Londres: Routledge.

Chomsky, Noam

1972 *Language and Mind*. Nueva York: Harcourt Brace Fairclough, Norman.

1992 "Introduction" en *Critical Language Awareness* (Norman Fairclough, compilador). Londres: Longman.

1999 "Global capitalism and critical awareness of language". (<http://www.schools.ash.org.au/litweb/norman1.html>).

Grice, H. P.

1975 "Logic and conversation". En *Syntax and Semantics, Volume Three* (Peter Cole, compilador). Nueva York: Academic Press.

Hayek, Friedrich

1994 *The Road to Serfdom*. Chicago: Prensas de la Universidad de Chicago

Harris, James

1969 *Spanish Phonology*. Cambridge, Massachusetts: Prensas del M.I.T.

Neustupný, J. V.

1974 "Basic types of treatment of language problems". En *Advances in Language Planning* (Joshua Fishman, compilador). La Haya: Mouton.

Wigdorsky, Leopoldo

1987 "Las 'islas' y más allá". *Actas del VII Seminario de Investigación y Enseñanza de la Lingüística*. Valparaíso: Sociedad Chilena de Lingüística y Universidad Católica de Valparaíso.

1992 "Condición de doble barrera". *Scripta Philologica, I: In honorem Juan M. Lope Blanch*. México, D. F.: Universidad Nacional Autónoma de México y El Colegio de México.